SAN HILARIO DE POITIERS

Tratado de los misterios

Tractatus mysteriorum

SABBATISMUS

San Hilario de Poitiers (c. 310–367)
Tractatus mysteriorum · Tratado de los misterios

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

LIBRO PRIMERO

1

Múltiple ...

...

las entendamos a ellas mismas en los sucesos. A aquellos, en cambio, les basta con haber ajustado incluso alguna apariencia de una semejanza vacía, siendo así que la comparación ha de completarse enteramente a partir de lo que sigue y ha de buscarse sobre terreno sólido a partir de lo presente. Ahora bien, toda la obra contenida en los sagrados volúmenes anuncia con sus dichos, expresa con sus hechos y confirma con sus ejemplos la venida de nuestro Señor Jesucristo, en la cual, enviado por el Padre, nació hombre de la Virgen por el Espíritu. Pues él, a lo largo de todo el tiempo de este siglo desde que fue establecido, por prefiguraciones verdaderas y claras en los patriarcas, engendra a la Iglesia, o la lava, o la santifica, o la elige, o la discierne, o la redime: con el sueño de Adán, con el diluvio de Noé, con la bendición de Melquisedec, con la justificación de Abraham, con el nacimiento de Isaac, con la servidumbre de Jacob. En efecto, a lo largo de todo el tiempo, la profecía entera, la laboriosa construcción del misterio, se ha concedido para el conocimiento de la carne que él había de asumir. Y puesto que en este librito ha parecido bien mostrar que en todos y cada uno de los hombres, de los tiempos y de las cosas se presenta, como [en] una imagen en un espejo, la totalidad de su venida y de su predicación, de su Pasión y de

su resurrección, y de nuestra congregación, no recordaré algunas cosas de pasada, sino que las trataré todas, cada una en su tiempo, iniciando desde Adán, a partir del cual se nos permite la ciencia del género humano, para que se reconozca que lo que se consumó en el Señor fue prefigurado ya desde el inicio del mundo en muchísimas cosas.

SOBRE ADÁN

2

Adán prefigura con su mismo nombre el nacimiento del Señor; pues lo que en la lengua hebrea es «Adán», y en griego «gepyrra», en latín es «tierra llameante», y la Escritura suele llamar «tierra» a la carne del cuerpo humano. Esta carne, nacida en el Señor de la Virgen por el Espíritu, cambiada en una apariencia nueva y ajena a sí misma, fue hecha conforme a la gloria espiritual [es] (Flp 3,21), según el Apóstol: el segundo hombre, del cielo y el Adán celestial (1 Cor 15,47), porque el Adán terrestre es imagen del que había de venir (Rom 5,14). Con tan gran autor por garantía, pues, acogemos con seguridad también el nombre de Adán, no sin alguna meditación de lo futuro.

3

Sigue que, adormecido Adán, Eva es engendrada de su costado y de su hueso. Despertado él, sigue también una profecía de esta clase: Esto

es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta se llamará mujer, porque fue tomada de su varón, y serán los dos en una sola carne (Gn 2,23-24). Aquí no tengo trabajo alguno; pues el Apóstol, al recordar esta misma profecía, dijo: Este misterio es grande, pero yo digo: en Cristo y en la Iglesia (Ef 5,32). Pero leemos que a Adán solo se le quitó un hueso; ¿y cómo se dice «carne de mi carne»? Ciertamente, esto podrá referirse a la credibilidad de los sucesos de entonces: que, puesto que el hueso, el sacado de su costado, fue revestido de carne en cuerpo de mujer por aquel que todo lo puede, por Dios —puesto que, digo, el hueso [fue] sacado de la carne y revestido de nuevo de carne surgió como cuerpo—, así como hay hueso de hueso, así también hay carne de carne. Pero el Señor en los Evangelios, cuando los judíos lo tentaron acerca de dar el libelo de repudio, muestra que esto fue dicho por él mismo más que por Adán, diciendo: ¿No habéis leído que el que hizo al principio hizo macho y hembra, y dijo: Por esto dejará el hombre al padre y a la madre, y serán los dos en una sola carne? (Mt 19,4-5) Pues esto sigue después de lo que se dijo: carne de mi carne (Gn 2,23). Así pues, la profecía siguió a la cosa que se llevaba a término en Adán. Pues, al haber dicho estas cosas el Señor, que hizo macho y hembra —que de su hueso es el hueso y de su carne la carne (Gn 2,23; Ef 5,30)—, hablando él mismo por Adán de lo que se había hecho por entero en el mismo Adán, no quitó credibilidad a los hechos, y mostró que lo que se realizaba en otro era prefigurado a partir de él mismo. Pues, siendo

así que el Verbo se hizo carne (Jn 1,14), y que la Iglesia, nacida de su costado por el agua y vivificada por la sangre, es miembro de Cristo, y que, a su vez, la carne en la que nació el Verbo, que permanece antes de los siglos, que es el Hijo de Dios, permanece en nosotros por el sacramento, enseñó llanamente que en Adán y Eva está contenida su figura y la de la Iglesia: la cual, según significa, fue santificada tras el sueño de su muerte por la comunión de su carne. Habla también el mismo por el Apóstol: Porque Adán no pecó, sino que la mujer, pecando, incurrió en transgresión. Pero se salvará por causa de la procreación de los hijos, con tal que permanezcan en la fe (1 Tim 2,14-15). La Iglesia, pues, procede de publicanos y pecadores y gentiles; sin pecar solo su segundo y celestial Adán, ella misma, pecadora, se salvará por la generación de hijos que permanecen en la fe. Por lo demás, no conviene entenderlo así, como si la mujer no hubiera sido redimida de su pecado por el Señor; y en vano será bautizada si ha de ser liberada más bien por el mérito del parto. Pero ni siquiera por la misma generación de hijos estará segura, puesto que no se salva si los que han sido engendrados no perseveran fieles. Y no sé de qué modo sería justo que alguien se hiciera reo por el pecado ajeno o inocente por el mérito ajeno.

4

Pero, comparando con seguridad lo espiritual con lo espiritual (1 Cor 2,13), entenderemos así: que el Apóstol, al predicar los sucesos del gran misterio que hay en Adán y Eva, se refiere ante

todo ya a Cristo y a la Iglesia. Y conviene, ciertamente, que juzguemos que estas cosas fueron dichas por él espiritualmente de tal modo que su palabra no ha de referirse menos a la enseñanza presente y a la instrucción de aquellos a quienes amonestaba. Pues, habiendo predicado en la primera a los Corintios la múltiple misericordia de Dios al santificar a los infieles por el matrimonio con los fieles (1 Cor 7,14), también aquí enseñó que una santificación de esta clase se concede por la procreación de hijos que, con todo, sean creyentes, de modo que, así como la unión con un solo fiel aprovechaba al infiel por el matrimonio, así la procreación de fieles socorriera a los infieles.

5

Hay que contemplar también, en el sueño de Adán y en la corporeización de Eva, el misterio del secreto oculto en Cristo y en la Iglesia; pues en él se contienen la fe y la razón de la resurrección corporal. Pues en la creación de la mujer ya no se toma barro, ni se traza la tierra en una forma, ni por la inspiración de Dios se mueve la materia inanimada hacia un alma viviente (Gn 2,7), sino que la carne crece sobre el hueso, y a la carne se le da la perfección del cuerpo, y a la perfección del cuerpo sigue el vigor espiritual. Este orden de la resurrección lo anunció Dios por Ezequiel (Ez 37,8-10), enseñando, en las cosas que habían de realizarse, la potestad de su poder. Pues allí todo concurre: la carne está presente, el espíritu acude volando, a Dios no se le pierde nada de sus obras,

a quien, para realizar su cuerpo, le estuvieron presentes las cosas que no existían. Ahora bien, este misterio, según el Apóstol, está escondido desde los siglos en Dios (Col 1,26; Ef 3,9): que los gentiles son coherederos, y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de su promesa en Cristo (Ef 3,6), el cual, según el mismo Apóstol, es poderoso para hacer el cuerpo de nuestra humildad conforme al cuerpo de su gloria (Flp 3,21). Así pues, tras el sueño de su Pasión, al resucitar el Adán celestial, la Iglesia reconoce su propio hueso, su propia carne: no ya creada del barro ni vivificada por una inspiración, sino creciendo sobre el hueso y llevada a término como cuerpo a partir de un cuerpo, al acudir volando el espíritu. Pues los que están en Cristo resucitarán según Cristo (1 Tes 4,16), en quien ya se consumó la resurrección de toda carne, al nacer él mismo en nuestra carne con el poder de Dios, en el cual fue engendrado por el Padre antes de los siglos. Y puesto que judío y griego, bárbaro y escita, esclavo y libre, macho y hembra, todos son uno en Cristo (Gál 3,28; Col 3,11), siendo así que la carne reconocida procede de la carne, y que la Iglesia es cuerpo de Cristo, y que el misterio que hay en Adán y Eva se predica de Cristo y de la Iglesia, todo lo que por Cristo se prepara para la Iglesia para la consumación de los tiempos quedó ya llevado a término bajo Adán y Eva en el punto de partida del siglo.

SOBRE CAÍN Y ABEL

6

A la primera prefiguración de Cristo y de la Iglesia siguen los sucesos de Caín y Abel, que prefiguraban en sí la diversidad de los dos pueblos y señalaban, con sus mismos nombres y oficios, las costumbres y los afanes de uno y otro. Pues Caín cultivaba la tierra, y Abel apacentaba ovejas. Cada uno ofreció a Dios, de sus propios frutos, el don del misterio; pero los dones de Abel son mirados, mientras que los de Caín no son vistos. Y, sin embargo, el día del sacrificio es indistinguible, y lo es el lugar; y para Dios, que contempla todas las cosas, ¿cómo está esto a su vista y aquel fuera de su vista? Pero con esta significación se enseña que la vista de Dios es indicio de las cosas que le agradan, y que, aunque todas le están sometidas (1 Cor 15,27), su mirada se dirige, sin embargo, a las que son dignas. Sin embargo, nada se había dicho antes de las costumbres de Caín por lo que su víctima hubiera de desagradar. Pero en lo que siguió se entiende la providencia de Dios, que no recibía los sacrificios de quien había de ensañarse contra su hermano. Pues ante Dios el conocimiento de lo futuro es la credibilidad del hecho; pues el que había de matar, como si ya hubiera matado, no es digno de la mirada de Dios. En el cultivo de la tierra se contiene la significación de las obras carnales, y todo fruto de la carne está en los vicios, que, aborreciéndolos Dios, apartan de sí su vista. No se mira, pues, a la víctima que procede de los trabajos de la tierra, y solo agradan las primicias de las ovejas en su grasa: es decir, deleitan los frutos interiores y los sacrificios de nuestra propia conciencia, que, agradando en las

primicias de las ovejas, atraen sobre sí la mirada de la voluntad divina. Pues, siendo Cristo las primicias (1 Cor 15,23), el primogénito de la creación, el primogénito de entre los muertos, también príncipe de los sacerdotes, para que él mismo fuera en todas las cosas el que tiene la primacía (Col 1,15.18), él mismo también oveja y, según el nacimiento corporal, una de las ovejas, el sacrificio de Abel es aceptable ya bajo el misterio de la Iglesia, que en adelante había de ofrecer, de las primicias de las ovejas, la víctima del santo cuerpo. Así, el que desagrada siente envidia del que agrada, y, contra el edicto de Dios que le amonestaba a que se aquietara, el aceptable es muerto por el inaceptable. El reo es interrogado en vista de la penitencia de la confesión, pero niega, para aumento de su crimen; desesperando de la resurrección, piensa que la muerte lo disolverá, pero, gimiendo y temblando (Gn 4,14), es reservado para el juicio de una venganza séptuple, y es maldecido por toda la tierra, que recibió la sangre de su hermano. Ahora bien, la interpretación del nombre de Caín es «risa», y la de Abel, «llanto».

7

¿Acaso lo dicho arriba no se consuma en los pueblos? La ofrenda del más joven es grata; el judío siente envidia del cristiano y, amonestado en vano por los profetas, se encendió hasta darle muerte. Ni siquiera por la misma confesión de la penitencia busca el perdón, sino que, audaz, niega ante Dios el crimen cometido. Desesperando de la gloria de la resurrección y, tomada Jerusa-

lén, sometido a la potestad de los que dominan, gimiendo y temblando (Gn 4,14) es reservado para el juicio de la venganza, separado de los santos por las mismas interpretaciones de los nombres, según dice el Señor: ¡Ay de los que ríen, porque llorarán! (Lc 6,25) y: ¡Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados! (Mt 5,4) Y para enseñar el Señor que todo concuerda con la prefiguración de ambos pueblos, dijo: Por eso, he aquí que yo os envío profetas y sabios y escribas, y a algunos de ellos mataréis en las sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad, para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquiel, a quien matasteis entre el templo y el altar (Mt 23,34-35). ... Así pues, la sangre de Abel se reclama a aquel que, según la prefiguración de Caín, persiguió a los justos y es maldecido por la tierra, que, abriendo su boca, recibió la sangre de su hermano (Gn 4,11). Pues en el cuerpo de Cristo, en el que están los apóstoles y la Iglesia, toda su carne y su descendencia tomó sobre sí la sangre de todos, cuando ellos mismos clamaban: Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mt 27,25).

8

Así, a la prefiguración de las cosas hechas en Caín le ha seguido la credibilidad de los efectos, y no pueden separarse del ejemplo de la prefiguración aquellos sobre quienes ha recaído la venganza de la misma culpa. Pero también en lo

que se dijo: Si ofreces rectamente pero no repartes rectamente, ¿no has pecado? (Gn 4,7) se contiene, además del efecto de la cosa presente, también una figura de lo futuro; pues a Dios no le agradan sino las cosas comunes, compartidas y hechas amigas. Así pues, el pueblo que espera las promesas de Dios por la Ley, aunque ofrezca rectamente a Dios con la observancia de los preceptos, ha pecado, sin embargo, si no comparte esta misma Ley de Dios, que es sombra de lo futuro (Heb 10,1), con la congregación de los gentiles. Al no repartir rectamente, quedará, pues, retenido en el crimen. Pues Caín, sintiendo envidia de su hermano, no se había hecho partícipe de la gracia de la víctima mirada por Dios, y quedó constituido pecador porque no repartía rectamente. Según este ejemplo, si los que están bajo la Ley no reparten las víctimas de los fieles procedentes de los gentiles, aprobadas por Dios, están en crimen, aunque usen rectamente de la Ley.

SOBRE LAMEC

9

Pero ni siquiera en Lamec se realizan las cosas fuera de la figura de lo futuro. Se refiere que fue marido de dos esposas, a cuyos nombres se añadió también el nombre de una tercera mujer, libre, sin embargo, del matrimonio con él; y también se escribe que el mismo Lamec dijo esto: Y dijo Lamec a sus mujeres, Ada y Sila: Oíd mi voz, mujeres de Lamec, atended a mis palabras, porque he matado a un varón para herida mía y a un

joven para magulladura mía; porque siete veces se ha tomado venganza por Caín, pero por Lamec setenta veces siete (Gn 4,23-24). ¿Y quién es este, más justo que aquel justo Abel, cuya muerte ha de vengarse ahora con un castigo tanto mayor? Se calla el nombre del muerto; la herida no se refiere al muerto, sino al que mató, y se enseña que la magulladura es más bien del que hiere que del herido. La muerte del joven se anuncia a las esposas; aunque se contienen los nombres de tres mujeres, el discurso se dirige solo a dos. Profetiza el impío y acumula la venganza de la muerte que él cometió por encima del castigo de Caín.

10

Estas cosas no han de oírse de pasada, sino que en ellas ha de escrutarse la figuración de lo futuro. Lamec tiene la figura del príncipe de los sacerdotes, que, con el consentimiento de judíos y gentiles, clava al Señor en la cruz; pues desde el atrio del príncipe de los sacerdotes el mismo Señor fue conducido a Herodes, quedando el pueblo de los creyentes apartado de la comunión en el crimen; y por eso se gloría de la muerte del joven ante dos, como ante sus socias y esposas. Y como no hay respecto de él sentido alguno de castigo, tomó sobre sí tanto las heridas como la magulladura de la injuria y de la muerte. Habló también por un impulso profético; pues también entonces el príncipe de los sacerdotes profetizó sin saberlo, como está escrito en los Evangelios: Pero uno de ellos, llamado Caifás, siendo sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada, ni

comprendéis que nos conviene que un solo hombre muera por el pueblo y no perezca toda la nación. Pero esto no lo dijo por sí mismo, sino que, siendo sumo sacerdote aquel año, profetizó (Jn 11,49-51). Así pues, todo concuerda entre sí, en las personas, en las cosas, en el efecto, y la credibilidad de los sucesos abarca la figura de lo futuro. También el número del castigo en Caín y en Lamec se consigna no sin alguna significación. Pues, habiéndose establecido según los profetas un castigo séptuple contra los injustos, Pedro, sobre quien ⟨el Señor⟩ edificaba la Iglesia como sobre un fundamento vivo (Mt 16,18), pregunta si, según la Ley, ha de perdonar siete veces al que peca contra él; y el Señor le respondió que perdonara setenta veces siete (Mt 18,21-22), enseñando con esta significación que el castigo mismo de su Pasión había de perdonarse a los que habían de creer, puesto que, en la medida en que se había multiplicado su venganza, en esa misma medida abundaría a su vez el perdón.

11

Luego nace Set, y en él se suscita otra descendencia en lugar de Abel muerto, diciendo así Eva: Dios me ha suscitado otra descendencia en lugar de Abel, a quien mató Caín (Gn 4,25). Ahora bien, la interpretación del nombre de Set es «fundamento de la fe». Y puesto que Abel era justo, y puesto que Set fue engendrado en lugar del justo, se entiende que la generación de los santos es siempre preservada por Dios y renovada por

sucesiones, habiendo de sostener la Iglesia la fe sobre fundamentos fieles en Pedro.

SOBRE NOÉ

12

No puede negarse que lo que se hizo con respecto a Noé está lleno de los prodigios de Dios ⟨y⟩ de ejemplos de lo futuro. Pues, por muy torpe que sea el ingenio o por muy apartada que esté la voluntad de la inteligencia de lo verdadero, allí, sin embargo, se dijeron e hicieron cosas que arrancan el sentido de la verdad incluso a los que no quieren. Y, para que se entienda el poder profético en cada uno de los efectos de las cosas, hay que exponer brevemente qué ha de compararse con qué. Pues Noé prefigura al hombre que el Señor asumió de la Virgen; y, para que esto mismo se dé a conocer por las palabras de la propia Escritura, hay que conocer de qué clase fue la profecía que sobre él hizo Lamec, su padre: Y Lamec engendró un hijo y le puso por nombre Noé, diciendo: Este nos hará descansar de nuestras obras y de las tristezas de nuestras manos y de la tierra que maldijo el Señor Dios (Gn 5,28-29). Pero estas palabras, según pienso, no pueden convenir a la perfección a aquel Noé de quien se habla. ¿Pues qué descanso trajo al género humano, o de qué obras hizo que se desistiera? Antes bien, bajo él es borrada la totalidad de los hombres y se derrama el diluvio; la tierra es devuelta a la vista de aquel varón, y después se vive en medio de prodigios aún más graves. ¿Y

dónde se habrá devuelto el descanso por medio de Noé? Ahora bien, en aquel que había de hacer el descanso está designada la potestad de hacerlo. Por otra parte, ni conviene a la naturaleza del hombre, ni se lee escrito, ni se entiende por la cosa misma que Noé hiciera nada de esto; sino que la mayor parte de lo que era propio de Noé lo expuso la Escritura con toda claridad: cuando es aceptable a Dios, cuando es hallado justo, cuando se le manda hacer el arca, cuando entra en ella, cuando envía el cuervo, cuando recibe la paloma y la vuelve a enviar, cuando sale del arca, cuando planta una viña, cuando, ebrio de su fruto, queda desnudo, cuando es escarnecido por Cam, cuando es cubierto por Sem y Jafet, cuando establece la maldición sobre uno y el orden y la medida de la bendición sobre dos. Estas cosas han de entenderse tal como fueron hechas por él.

13

Pero en estas cosas se contiene un gran misterio de lo futuro, y trataremos de cada una en su lugar, cuando convenga comparar entre sí las cosas y las personas. Así pues, con este Noé se comparará nuestro Señor, que como Verbo se hizo carne (Jn 1,14), y que dijo también en los Evangelios: Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Pues mi yugo es suave y mi carga es ligera (Mt 11,28-30). Así pues, hace descansar e imparte descanso a las almas; y, ante el juicio

que amenaza, guarda en el arca de su doctrina y de su Iglesia a sus hijos, tanto los engendrados como los así llamados; y otorga el Espíritu Santo (Jn 20,22), y muere, y es escarnecido, y resucita, y establece para el género humano el castigo o la santificación por lo hecho recta o torcidamente. Y ciertamente, en que se mande a Noé entrar en el arca o salir de ella, ha de contemplarse la razón de la santificación de la Iglesia. Pues está escrito: Pero entrarás en el arca tú, y tus hijos, y tu mujer, y las mujeres de tus hijos (Gn 6,18); y de nuevo: Habló el Señor Dios a Noé, diciendo: Sal del arca tú, y tu mujer, y tus hijos, y las mujeres de tus hijos (Gn 8,15-16). Une entre sí el sexo de los que entran en el arca, el de los varones con el varón, el de las mujeres con la mujer, significando, a saber, que los que han de entrar en la Iglesia deben ser continentes, y que cada uno recobraría después la facultad de su propio matrimonio …

…
cuando fue enviada tres veces.

14

Y no es incierto qué prefigura el envío siguiente. Pues vuelve con las hojas fructíferas del olivo, no ya para ser recibida con la mano, sino volando de regreso. Y esto se cumplió cuando, recibido el Espíritu Santo, los setenta discípulos, enviados a predicar el Evangelio, regresan con la gloria de los espíritus inmundos que les estaban sometidos (Lc 10,17), trayendo el Espíritu Santo el fruto de la misericordia de Dios, que está significado en el olivo; y también porque, al apartarse ellos

después del Señor, no había de tener tampoco descanso alguno. Con fruto, sin embargo, volvió la paloma a Noé, significando con ello, en el segundo regreso, tanto el fruto del Espíritu Santo en los demonios sometidos como, al apartarse del Señor los discípulos, ⟨ningún⟩ descanso todavía donde asentarse. Pero el tercer envío y vuelo prefigura su morada, que está en el creyente, al permanecer para siempre el Espíritu Santo, una vez enviado, ⟨en⟩ las almas de los fieles (Jn 14,16).

15

Ahora bien, la embriaguez por el fruto de la viña plantada es figura de la Pasión. Pues el Señor trasladó una viña desde Egipto y la plantó (Sal 80,9), y de nuevo: La viña del Señor Sabaot es la casa de Israel (Is 5,7). Pues la causa de la Pasión está en las obras de su pueblo, trasladado y plantado. Si acaso alguien pensara que esta embriaguez de Noé no pertenece a la figura de la muerte del Señor, será refutado por lo que sigue, aunque el cáliz bebido en los Evangelios muestra la muerte de la Pasión (Mt 20,22). Ahora bien, siendo tres los hijos, la desnudez del padre es objeto de risa para uno y es cubierta de nuevo por dos; pero, aunque los dos la cubrieron unánimes, maldecido el tercero, hay sin embargo en los dos, por una misma obra, una bendición diversa. Bajo estos tres hijos se muestra la totalidad de los hombres, es decir, la de los que viven bajo la Ley, la de los justificados bajo la gracia y la de los gentiles. De ellos, los gentiles se burlan de la muerte del Señor y del cuerpo desnudo de Dios,

mientras que en los dos que cubren la desnudez se contienen la Ley y la gracia.

16

Y porque Jafet es establecido en las casas de Sem (Gn 9,27), muestra la figura de los gentiles, que han sido conducidos a la fe; Sem, en cambio, lleva la persona del pueblo israelita. ...

...

SOBRE ABRAHAM

17

... También Sara significa la Iglesia, Agar la Sinagoga ... Y muestra que la descendencia llamada en Isaac (Gn 21,12) es Cristo; en él se presenta también una prefiguración de la Pasión, cuando es llamado por su padre para ser víctima, cuando toma la leña del sacrificio, cuando un carnero se presenta para la consumación de la víctima. ...

18

En la letra añadida a Abrán hay el número uno; en la que se añade a Sara se cuentan cien (Gn 17,5.15); y el Salvador, dejando las noventa y nueve en los montes, se fue a buscar la que se había extraviado (Mt 18,12). Así pues, en la letra de Abrán se añade el número uno. Pues uno es el Señor Jesucristo, nacido de la Virgen, y por aquel uno han sido limpiados todos los crímenes de los creyentes. Y lo que había de cumplirse por él mismo lo prefigura en Abraham: aquel, por la adición

de uno, es llamado padre de los gentiles (Gn 17,4); él mismo, por la asunción de uno, es constituido padre y redentor de los gentiles, devuelta a Sara, es decir, a la Iglesia primogénita de la Jerusalén celestial (Heb 12,22-23), la oveja centésima. ...

...

18*

Así como aquel padre de familia del Evangelio visitó la higuera estéril con una triple venida (Lc 13,6-7), así la santa madre Iglesia, en su retorno anual, ha proclamado para sí la venida del Salvador por un espacio apartado de tres semanas. Pues vino el Hijo del hombre a buscar y a salvar lo que se había perdido (Lc 19,10). Vino antes de la Ley, porque por el entendimiento natural se dio a conocer qué ha de hacer cada uno y qué ha de seguir. Vino bajo la Ley, porque con los ejemplos de los patriarcas y los pregones de los profetas confirmó a la descendencia de Abraham los decretos de la Ley. Vino por tercera vez, después de la Ley, por la gracia, para la vocación de los gentiles, a fin de que desde la salida del sol hasta su ocaso aprendieran los niños a alabar el nombre del Señor (Sal 113,1-3), a quienes no cesa de exhortar al culto de su majestad hasta el fin del mundo. ...

SOBRE ISAAC

19

… Rebeca tiene una doble figura, del matrimonio y del parto, y en el matrimonio presenta el tipo de la Iglesia: da de beber a los camellos, es decir, a los gentiles sometidos a Cristo; con los pendientes enseña el oído de la fe; muestra los brazaletes de las manos, adornos de la obra buena; preguntada acerca de las nupcias, responde a la manera de los que han de unirse a Cristo, para llegar a ver; sale de la casa de su padre, mostrando que, si uno no renuncia a los vicios y a las concupiscencias, no podrá ser siervo de Cristo (Lc 14,33); señala dos naciones, dos pueblos.

…

SOBRE JACOB

20

… interpretando la Escritura la propiedad de este nombre. Y dijo Esaú a Jacob: Dame a probar de este guiso ⟨rojo⟩, porque desfallezco. Por eso fue llamado su nombre Edom (Gn 25,30). Luego vendió su primogenitura por comida, diciendo: He aquí que me muero, ¿y para qué quiero estas primacías? (Gn 25,32) Ahora bien, en las primacías la dignidad entre los antiguos era esta: que el primogénito obtenía la herencia de la casa paterna, quedando sometidos a él los hermanos que venían después. Así pues, como para los que viven en el cuerpo la dignidad de la primogenitura atañe a la vida —la dignidad que Esaú, bajo la prefiguración del pueblo infiel, vendía por deseos carnales—, no desespera ciertamente del honor presente de la primogenitura cuando dice: He

aquí que me muero, ¿y para qué quiero estas primacías? (Gn 25,32) —pues aquella primacía que es de los hombres se recibía antes de la muerte —, sino que, porque, llevando en sí la forma del pueblo, primogénito él mismo por la Ley —pues este pueblo había sido elegido el primero para la heredad de Dios—, cayó de la esperanza de la resurrección y de la gloria de Dios, declaraba, ocupado en los deseos del cuerpo, que había desesperado de su honor, el que convenía al primogénito esperar después de la muerte.

21

Así pues, desesperando Esaú de su primogenitura, lo demás se realiza tanto según la credibilidad del hecho como según el poder de la prefiguración. Así, Isaac, teniendo los ojos debilitados, pide a Esaú, según la costumbre, que le prepare comida de su caza y sea bendecido por él antes del tiempo de su muerte. Y, habiéndolo sabido Rebeca, exhorta a Jacob a que prepare deprisa a su padre manjares de dos cabritos y se vista con la vestidura de Esaú; y, como él era lampiño, a que finja sus manos y su cuello atándose las pieles de los cabritos. Hecho esto, arrebató la bendición que estaba preparada para Esaú. Luego es bendecido con estas palabras: He aquí el olor de mi hijo, como el olor de un campo lleno, que el Señor ha bendecido. Y te dé el Señor del rocío del cielo de arriba y de la fertilidad de la tierra abundancia de trigo y de vino. Y sírvante las naciones, y te adorarán los príncipes, y sé señor de tu hermano, y te adorarán los hijos de tu padre; y el que te maldiga

será maldito, y el que te bendiga será bendito (Gn 27,27-29).

22

Ciertamente, la cosa se realiza según el efecto presente en Esaú y Jacob, pero la prefiguración espiritual mantiene su propio orden. El mayor había vendido sus primacías por los deseos del cuerpo, desesperando del honor de lo futuro a causa del lujo de lo presente; y el menor las compró a costa de lo presente. ¿Acaso no suceden a las cosas hechas corporalmente las que habían de hacerse espiritualmente? Los que son infieles piensan que todo bien está puesto en el placer, y el pueblo anterior perdió el honor de la resurrección por los deseos de la carne; los creyentes, en cambio, renuncian a los gozos presentes, poniendo toda su esperanza en los futuros, y, continentes en ánimo y cuerpo a causa de ella, arrebatan lo destinado al mayor. Pues Jacob se viste con la vestidura de Esaú, que suele mencionarse como vestido de la inmortalidad también en el Evangelio, donde el hermano menor, el mismo que dilapidó el patrimonio recibido, recibió la primera vestidura (Lc 15,12.22). Y porque había de ser trasladado de los pecados al resplandor de la inocencia, por eso Jacob es cubierto con pieles de cabritos, para imitar en el hecho mismo la apariencia de su hermano. Pero porque, habiendo sido pecador, había de tener la dignidad de la bendición arrebatada, en las pieles de animales muertos asume la forma de pecador.

23

Pero la misma razón de la bendición y el poder de las palabras muestran que nada se ha de entender allí según los sucesos presentes. Pues Jacob es bendecido para que abunde en vino y trigo por el rocío del cielo y la fertilidad de la tierra. Por el contrario, corrió peligro de hambre y compró trigo de Egipto. Las naciones le son sometidas en servidumbre; antes bien, él mismo se entregó con toda su familia al dominio del Faraón. Se dice que ha de ser adorado por los príncipes, pero más bien soportó una larga servidumbre bajo el dominio de Labán. Es constituido señor de su hermano; ¿pero por qué adoró a su hermano como a señor? Así pues, como la Escritura no corre peligro de mentira, aunque estas cosas se dijeron de Jacob, se significan y se realizan, sin embargo, en el pueblo que él prefiguraba. Pues todas estas cosas, según las promesas proféticas y evangélicas, se reservan a los fieles, puesto que han de juzgar al mundo y a los ángeles (1 Cor 6,2-3) y están destinados a la participación del reino celestial.

24

En efecto, aquel mismo punto de partida de la bendición abarca no cosas presentes, sino futuras y perfectas. Pues dice: He aquí el olor de mi hijo, como el olor de un campo lleno, que Dios ha bendecido (Gn 27,27). El olor es la presciencia del espíritu; el campo lleno es la perfección de los frutos. Y el campo, como enseñan los Evangelios, designa el siglo (Mt 13,38); pero hay que juzgar

que por el siglo bendito no se significa ciertamente el que se disolverá y dejará de ser, sino el que es eterno y está lleno de frutos perfectos. Así pues, siendo el olor de Jacob el mismo que el del campo lleno, y siendo el olor, según la naturaleza de las cosas, presciencia del espíritu —pues lo que es cada cosa se percibe por el olfato—, Isaac significa que huele, es decir, que conoce de antemano en espíritu, esta bendición del pueblo más joven, y que será bendición del siglo eterno, siendo eternos ambos, es decir, tanto el siglo como el que ha de disfrutarlo.

25

Y para que viéramos la abundante misericordia de Dios al prefigurar, bajo las cosas presentes, los efectos de lo futuro, todo fue expuesto y escrito con tal cuidado que un solo y mismo orden de la historia concurriera tanto hacia el hecho realizado como hacia la esperanza futura. Pues Isaac, a punto de bendecir a Jacob en lugar de Esaú, está solícito de no ser engañado de ningún modo; pues Jacob decía que él era Esaú. Así, Isaac, como estaba ciego, decía: Acércate a mí y te palparé, hijo, a ver si tú eres mi hijo Esaú o no (Gn 27,21). Y aunque se había vestido con la vestidura de Esaú y había fingido su apariencia asumiendo las pieles, el ciego, sin embargo, lo palpó no sin sospecha. Pues dice, mientras lo palpaba: La voz es ciertamente la voz de Jacob, pero las manos son las manos de Esaú (Gn 27,22). Así pues, por estas palabras se muestra que el afecto de Isaac estaba solícito por Esaú. Cuando después él vuelve del

campo y de la caza y se presenta a su padre como primogénito, para que ⟨lo⟩ bendiga, y se ha descubierto que la bendición fue arrebatada, Isaac no se conmueve; antes bien, persiste en la confirmación de esa misma bendición, diciendo: Si lo he hecho señor tuyo y he hecho siervos suyos a todos sus hermanos, lo he fortalecido con trigo y vino, ¿qué haré, pues, por ti, hijo? (Gn 27,37) Antes bien, al que con llanto y lágrimas le suplicaba que lo bendijera, le dice así: He aquí que tu morada será de la fertilidad de la tierra y del rocío del cielo de arriba, y vivirás de tu espada y servirás a tu hermano. Pero sucederá, cuando hayas quitado su yugo de tu cuello (Gn 27,39-40).

26

¿De dónde procede, pues, este vuelco de la voluntad? ¿Y por qué discrepa de sí mismo el afecto del hombre, sino porque la palabra de la Escritura se ajusta tanto a la realización de las cosas como a la expectación de la esperanza? La solicitud del que pregunta la tuvo por el afecto paterno; el cambio de la bendición lo negó por la ciencia espiritual. Allí actuó en una cosa de la naturaleza, aquí mantuvo el orden de la prefiguración; allí el padre está solícito en la santificación del primogénito, aquí persevera, con espíritu de profeta, en la bendición del pueblo más joven. La historia narra el hecho realizado, y su propio orden no abandona la esperanza prefigurada. Pero ni siquiera en esto cesó la razón profética; antes bien, también el pueblo pecador y anterior podría esperar la bendición del pueblo más joven,

si creyera. Pues a todos está abierto el acceso a la salvación, y el camino de la vida es difícil no por molestias propias, que ciertamente no tiene, sino por el derecho de nuestro albedrío. Pues la demora en alcanzar la misericordia de Dios es de la voluntad humana, como se da a conocer por este mismo pasaje, ya que trata de Esaú. Pues había pedido ser bendecido, pero el padre, movido por un impulso espiritual, lo dejó al siglo, lo entregó a la espada y lo sometió a la servidumbre de su hermano. Pero, para que no se pensara que esto estaba decretado para siempre y sin retorno por la penitencia, difirió la bendición que pedía para cuando hubiera quitado de su cuello el yugo del hermano que había de dominarlo. Así pues, se deja a su propio derecho el quitarse el yugo, porque cada uno tiene libre, en orden a la fe, el derecho de su propia voluntad, y es digno de la bendición precisamente cuando se ha trasladado de la servidumbre de la irreligiosidad a la libertad de la fe.

SOBRE MOISÉS

27

El relato de las cosas hechas en Moisés mantuvo también el orden de la prefiguración comenzada ya desde Adán. Y esto era digno de la misericordia de Dios: que los sucesos de todos sus patriarcas imitaran en cierta medida la perfección de lo que había de consumarse en nuestro Señor. Pues lo que se cumplió en aquel uno y por aquel uno se prefigura en parte a través de figu-

ras, tiempos y generaciones. Pues la imitación de tantos siglos no pudo alcanzar lo que de verdad hay en aquel uno; pero, con todo, nada se hizo en cada uno o por cada uno de tal modo que lo que después se consumó, ya por él, ya en él, no hablara casi en la imitación misma de los sucesos presentes.

28

Pues Moisés, nacido en el tiempo en que el Faraón había ordenado matar a todos los nacidos de sexo masculino, flotando sobre el agua gracias a un madero, es reservado como caudillo del pueblo. ¿Acaso el odio y el miedo de un rey no se encendieron iguales y los mismos, en el tiempo en que nuestro Señor nació según el hombre, contra el hombre, igual a nosotros, que él asumió en sí por el misterio del madero y del agua, y que fue destinado por él a la gloria celestial y constituido rey de los gentiles (Sal 2,6-8)? Luego la hija del Faraón, que había de lavarse en el río, recogió a este Moisés. Su hermana, que estaba presente, le ofreció una nodriza de entre los hebreos. Luego presentó a la madre; esta lo recibió para criarlo y lo devolvió a la hija del Faraón, que, recibido, lo tomó por hijo.

29

Une las personas, compara los efectos, mira los sucesos: hallarás en la imitación de lo presente la verdad de lo que había de venir. Pues bajo la hermana de Moisés la Ley acompañó a Cristo

hasta el misterio del madero y del agua. En la hija del Faraón, en cambio, está la forma de los gentiles; ella, aunque según la credibilidad de la historia vio a un niño pequeño, retuvo sin embargo en el efecto mismo el poder de la profecía. Pues la Ley presentó a la Iglesia, como a la hija del Faraón, la Sinagoga como nodriza y madre del niño; y así se conservó en los sucesos el orden espiritual. Pues convenía, como lo enseña la Ley, que Cristo fuera criado según la carne por esta, y era necesario que fuera adoptado por aquella. Moisés, hecho grande, busca a sus hermanos retenidos en la servidumbre. Luego abate al egipcio que los dominaba y hacía injuria a uno de ellos, y después es reprendido por el mismo a quien había vengado del egipcio. ¿Acaso Cristo, siendo de edad consumada y perfecta, no visita a su pueblo, que según la carne son sus hermanos? Pues vino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mt 15,24). ¿Acaso no abatió y venció al diablo que los dominaba? Pues nadie saqueará los enseres del fuerte si antes no ha atado al fuerte (Mt 12,29). ¿Acaso no es reprendido por aquellos mismos a quienes daba la venganza del diablo y la libertad de la servidumbre? Así, la imitación que hay en el legislador alcanza la consumación de la gracia en Dios.

30

La zarza arde ante los ojos de Moisés y, sin embargo, no se consume: es decir, la Iglesia es encendida por las llamas de las persecuciones de los pecadores y de las tentaciones, según

dice el Apóstol: Sufriendo angustia, soportando la pobreza, pero no somos abandonados. Somos derribados, pero no perecemos, llevando siempre en el cuerpo las pasiones de Jesús, para que también la vida de Jesucristo se manifieste en nuestro cuerpo (2 Cor 4,8-10). Así, los incendios de todas las iniquidades se ensañan contra nosotros y no nos consumen.

31

Luego se pone una señal de fe: la vara cambiada en serpiente, y la serpiente, abolida, vuelta de nuevo vara. Pero este cambio es para confirmación de la fe, no para conversión de la naturaleza. Y puesto que en la vara está la potestad del reino y en la serpiente el nombre del diablo, se nos amonesta a creer en aquel que, siendo Dios de los siglos, fue tenido por Belcebú (Mt 10,25), y luego, de llamado y tenido por Belcebú, fue reconocido por el cambio de la resurrección como Dios de los siglos, lo que era. La señal siguiente completó la fe en esta cosa con una figura de imitación, satisfaciendo tanto a la esperanza como al tiempo. Pues cuando la mano, metida en el seno, tomó la blancura de la nieve, significa que nosotros, descansando en el seno paterno, es decir, en el de Abraham, Isaac y Jacob (Mt 8,11), hemos de ser iluminados, absorbida la naturaleza de nuestro cuerpo en la apariencia de la gloria y del honor (1 Cor 15,54). Pero cuando la mano, metida de nuevo en el seno, vuelve a lo que había sido, se enseña que lo prefigurado en la señal todavía no existe en el tiempo. Y cuando, en la tercera señal, el

agua tomada del río y derramada en tierra se hace sangre, se mezcla con estas la razón del misterio, puesto que los lavados por el agua han de pasar al conocimiento de la sangre.

32

Es cosa grande que en lo que se hizo bajo los patriarcas el efecto de las cosas esté contenido de tal modo que nada, en lo que después se cumplió en el Señor, discrepe de él, ni en lugar, ni en tiempo, ni en razón. Pues en esto la imitación enviada por delante alcanza la figura de la verdad plena, y se compara, como imagen, con aquella forma de la que es émula. Pues lo sucedido es, ciertamente, verdad en sí mismo —ya que se realizaba según eficacias corporales—, pero esa misma verdad de los actos humanos era imitación de la operación divina, y esto sucedía así para la verdadera instrucción de nuestra esperanza y de nuestra fe, puesto que no se hallaría nada en las cosas de Dios que no se hubiera visto antes, como premeditado, en las mismas edades, costumbres y efectos de los hombres. Pues, aunque en todo el discurso anterior se ha mostrado, hasta la salida del pueblo de Egipto, que los sucesos de Moisés concuerdan con los sucesos realizados en el Señor o por el Señor, sin embargo, también ahora se une a la verdad corporal una imitación espiritual.

33

Pues en el desierto el pueblo tuvo sed, el agua es amarga, hay murmuración contra el caudillo,

se muestra un madero, y por su inmersión el agua se vuelve dulce, y en él se decretan la justificación, los juicios y la tentación. Y de allí se llega a doce fuentes de agua y setenta palmeras, y se acampa junto a las aguas. Aunque el empeño de los que se resisten aparte las mentes y el error de los infieles cierre el sentido de su inteligencia con el cerrojo de la desobediencia, no podrán, sin embargo, ignorar el poder de tan grande obra. Pues ¿qué peso tenía en sí el madero, o qué eficacia contenía en sí la materia inanimada, para abolir la amargura, para engendrar la dulzura, para introducir y quitar una naturaleza, mientras lo que repelía por áspero se percibe como dulce? Y, puesto que en lo que se hacía para el presente está la eficacia del poder de Dios, que traslada una naturaleza de una cosa a otra, no por eso ha de pensarse que necesitó del servicio del madero, como si solo por su mediación pudiera conceder a las aguas el cambio.

34

Pero, como Dios lo podía todo, elabora en el presente el arcano de su operación, reservado para sus tiempos. Pues para el pueblo que permanecía en el desierto el agua era inútil; y ciertamente hallamos a menudo que a los pueblos se los llama aguas, cuando se dice: Te vieron las aguas, oh Dios, y temieron (Sal 77,17), y de nuevo: Todas las aguas, aplaudid con las manos (Sal 47,2; 98,8). Así pues, ya sean las aguas mismas, amargas por su naturaleza, ya todo el pueblo que permanece en el desierto y que aún no había de alcanzar la

tierra de la promesa, amargo por la murmuración que nace de la contumacia, se vuelve dulce por el misterio del madero. Y no solo deja de ser lo que era, sino que se muda a mejor y más allá del uso necesario; pues no solo dejó de ser amarga, sino que se volvió dulce. Así pues, el madero obra en el agua presente y es útil, por el misterio de su poder, a los pueblos designados con el nombre de agua.

35

De este madero, en el mismo Moisés, pende la vida de todos, cuando dice: Veréis vuestra vida pendiente ante vuestros ojos noche y día, y temeréis, y no creeréis a vuestra vida (Dt 28,66). En Jeremías este es echado en el pan, así: Contra mí pensaron un pensamiento, diciendo: Venid, echemos un madero en su pan (Jer 11,19). De esta materia es la vara que vence a los magos, aterra al Faraón, quebranta a Egipto, divide el mar, hace refluir las olas, hace brotar una fuente, quita la amargura, da la dulzura; pues por su misterio se ablandan los corazones de los infieles y pasan de la amargura de los pecados y de la impiedad a la dulzura de la fe. Y para que no dejara todo de concordar, en los efectos del misterio oculto, con lo que entonces se hacía, la Escritura añadió diciendo: Allí puso Dios justificaciones y juicios, y allí lo tentó (Ex 15,25). Cuando se dice «allí», no es significación de lugar, sino del hecho. Pues no hallamos que en aquel lugar existan disposiciones algunas de justificaciones, juicios y tentaciones.

36

En cambio, en el misterio del madero en que pendió el Señor, en el que clavó consigo todo lo que se oponía a la salvación del género humano (Col 2,14), hay justificación, porque el justo es por la fe (Rom 1,17); y hay juicios, porque el que no cree ya ha sido juzgado (Jn 3,18); y hay tentación, porque la salvación es por el escándalo de la cruz (Gál 5,11); pues la cruz es necedad para los que se pierden, pero poder de Dios para salvación de los que creen (1 Cor 1,18; Rom 1,16). Así pues, como el oprobio de la cruz es la tentación de la fe, como la incredulidad es causa del juicio, como la fe es el precio de la justificación, con razón se contienen la justificación, los juicios y la tentación en el misterio del madero que traslada el agua de la amargura a la dulzura.

37

Y llegaron a Elim, y había allí doce fuentes de agua y setenta palmeras. Y acamparon allí junto a las aguas (Ex 15,27). Así pues, se consuma la disposición espiritual en las cosas que habían de hacerse; pues de Mará, lugar de amargura, se llega a Elim, donde había doce fuentes de agua y setenta palmeras. Tras el conocimiento del misterio del madero, es decir, de la predicación apostólica y evangélica, se busca una morada, dando sombra por un tiempo los setenta predicadores y manando para siempre los doce apóstoles; y como los setenta predicadores escogidos del Evangelio fueron hallados después infieles

(Jn 6,66), aunque habían traído el fruto de la fe en los espíritus inmundos que les estaban sometidos, mientras los apóstoles perseveraban en la predicación de la fe, aunque se hace mención de setenta árboles junto con doce fuentes, según la credibilidad de la Escritura se descansa solo en la morada de las aguas.

38

Y ahora, en la carne de las codornices y en el alimento del maná, ¡cuán grande y cuán clara es la razón de la cosa espiritual! El pueblo que había sido sacado de Egipto murmura contra sus caudillos; desea las carnes que solía comer en Egipto. Una bandada de codornices, llegando al atardecer, cubre el campamento; el pueblo se alimenta de sus carnes. Por la mañana se encuentra el maná. Sin distinción de edad o de sexo se fija para cada uno la misma medida: el que recoge más no tiene de sobra, el que guarda menos no pasa necesidad. En lo que excedía la necesidad bullían los gusanos. Y lo que quedaba del maná recogido en el campo se derritió al calentar el sol. El sexto día se guarda el doble y no se corrompe; el séptimo día se abstienen del maná, aunque algunos lo esperan en vano. Por último, el gomor asignado a cada uno, guardado en un vaso de oro, se reserva como testimonio para la generación futura.

39

Y también hay que contemplar esto: que el maná se da para tentación, habiendo cada uno

de probar, por su observancia, si es idóneo para los preceptos de Dios. Pues así está escrito: Dijo el Señor a Moisés: He aquí que yo os haré llover panes del cielo, y saldrá el pueblo y recogerá lo de un día para el día, para tentarlos, a ver si entra en mi ley o no (Ex 16,4). De las carnes, en cambio, se dijo así: Al atardecer coméis carne, y por la mañana os saciáis de pan (Ex 16,12). La comida al atardecer se significa en la carne, la saciedad por la mañana en el maná. Así pues, lo que toca a la carne es esto: que el pueblo, permaneciendo en el desierto, queda retenido por el deseo de la costumbre; pues desea las carnes de Egipto. La toma al atardecer —infiel, a saber, para con Dios e impaciente de sus promesas hasta la consumación del siglo, que se significa en el atardecer— por los deseos del mundo, que a menudo ha sido significado bajo Egipto. En efecto, el pueblo tuvo esta carne una sola vez, para que se enseñara que había sido dada no para el uso necesario, sino para la significación de una prefiguración. En el maná, en cambio, está la tentación; pues por él es tentado el pueblo, a ver si será obediente a Dios, es decir, si serán dignos de tomar el verdadero pan del cielo; y la razón de esta tentación ha de buscarse en lo que sigue.

40

Se encuentra por la mañana; pues este es, en la resurrección del Señor, el tiempo del alimento celestial. Lo mismo se asigna a toda edad y sexo: cosa contraria según la naturaleza humana —pues ¿cuándo necesita un niño pequeño tanta

comida como un varón?—, pero muy apropiada según la prefiguración espiritual, pues el alimento celestial ha de repartirse por igual a todos, indistinguible en su poder por las porciones —pues hablamos un misterio a los que saben—, sin que nadie de los mayores tenga de sobra ni nadie de los más pequeños pase necesidad, saciados todos, a saber, por igual de lo que se tomaba dividido en porciones. Y en lo que se recogió más allá de la medida y sobró hasta la mañana, en cuanto hay en ello gusanos y hedor, no es dudoso que, para los que hayan acumulado cosas no necesarias más allá del don celestial y de la doctrina espiritual, estas cosas son fétidas al sentido, es decir, corrompidas lejos de la verdad, y hierven con los vicios de los demonios, es decir, inquietas por los gusanos, y han de deshacerse un día en líquido al calentar el sol, es decir, cuando Cristo, que es el sol de justicia (Mal 3,20), vuelva para el juicio.

41

En la doble recolección de maná el sexto día, a causa del descanso del séptimo, se exhorta a una preparación acumulada de obras espirituales, a los que han de usar de los bienes preparados entonces, cuando llegue el descanso. En efecto, lo que sobra del sexto día no se corrompe, mientras que lo que excede la medida en los demás días hiede. Así también, para lo que está fuera de lo prescrito, la corrupción está dada de antemano. Así pues, en este tiempo de nuestra edad hay que obrar lo que podamos usar en el descanso. Y el

tiempo es el de este año seis mil, que se significa bajo el número del sexto día, según dice el profeta: Porque mil años en la presencia del Señor son como un día (Sal 90,4). Así pues, el séptimo día, es decir, en el descanso del Señor, el pueblo se alimenta con los alimentos guardados la víspera y usa de lo que había preparado, pues no había de hallar el séptimo con qué alimentarse, saliendo muchos al campo y no hallando nada; porque, cerrados los tiempos de los siglos, no hallaremos para el uso de nuestro descanso otra cosa que lo que hayamos preparado y guardado antes.

42

Luego se manda guardar en un vaso de oro, en la presencia del Señor, un gomor de maná para las generaciones futuras. Pero ¿dónde está, en fin de cuentas, ese vaso, y dónde está el maná que se guardó, tras los frecuentes cautiverios del pueblo? Tras la doble destrucción de la ciudad y del templo, no existe lo que se depositó. ¿Y qué? ¿Pensamos, pues, que Dios ignoró que el maná no podía guardarse para la descendencia? Ciertamente no ha de creerse que ignoró aquel que prevé los designios mismos de los hombres por venir; sino que, por la figura del vaso de oro y del maná guardado en la presencia de Dios y reservado para las generaciones futuras, mostró que sería precioso y eterno aquel que había de guardar en su cuerpo, como en un vaso de oro, el maná recibido, mientras Dios contempla la custodia incontaminada de este alimento espiritual recibido por nosotros.

LIBRO SEGUNDO.

Sobre Oseas

1

Y en el libro de los profetas se lee también otra palabra del Señor a Oseas: Ve, toma para ti una mujer de fornicación, porque fornicando fornicará la tierra apartándose del Señor (Os 1,2). Y después de muchas cosas intermedias, llenas de maldición contra ella, y después del parto de Israel, de No-amada y de No-mi-pueblo, se leen estas palabras: Y dispondré para ellos en aquel día una alianza con las bestias del campo y las aves del cielo y las serpientes de la tierra, y quebraré de la tierra el arco y la espada y la guerra, y te estableceré en esperanza ⟨y te desposaré conmigo⟩ mismo para siempre. Te desposaré conmigo en justicia y fe, y conocerás al Señor. Y sucederá en aquel día, dice el Señor: escucharé al cielo, y el cielo ⟨escuchará⟩ a la tierra, y la tierra escuchará al trigo y al vino y al aceite, y ellos oirán a Israel. Y la sembraré para mí sobre la tierra, y amaré a No-amada, y diré a No-mi-pueblo: Tú eres Mi-pueblo (Os 2,20-25). Y, según pienso, no hay lugar a vacilar en que entendamos que aquí se prefigura una prefiguración de la Iglesia, puesto que el Apóstol juzgó que lo que antes se había dicho a Oseas acerca de los hijos de esta prostituta había de referirse al pueblo de los fieles, diciendo a los Corintios: Nos llamó no solo de entre los judíos, sino también de entre las naciones, como dice también en Oseas: Llamaré al que es No-

-mi-pueblo, Mi-pueblo, y a No-amada, Amada. Y sucederá en el lugar, dondequiera que sean llamados No-mi-pueblo, allí serán llamados hijos del Dios vivo (Rom 9,24-26).

2

Así pues, lo que en el profeta se realizaba corporalmente, es decir, el matrimonio y la generación —pues de la prostituta fueron engendrados tres, de los cuales el primero fue llamado Israel por mandato de Dios, la siguiente, una hija, fue llamada Amada, y el tercero fue llamado No--mi-pueblo—, eso es confirmado y realizado por Dios para la inteligencia espiritual. Pues a esta prostituta unida al profeta la hizo el Señor su esposa en justicia y fe, disponiendo una alianza con las bestias del campo, es decir, con los hombres feroces según el derecho del siglo; y con las aves del cielo, a saber, los que viven bajo la inanidad y vacuidad de este mundo; y con las serpientes de la tierra, es decir, los que están en el cuerpo con ánimo venenoso y engañoso; habiendo de quebrar el arco entre las serpientes, la espada entre las aves, la guerra entre las bestias, y, a partir del género de las armas y de los nombres de los animales, habiendo de domar en la paz los diversos impulsos de la mente humana: las guerras de las bestias, los dardos de los que vuelan, los venenos de las serpientes.

3

También el cielo que escucha al cielo, y la tierra a la tierra (Os 2,23), significa, en el que oye y en el que es oído, una diversidad en el número, mostrando, sin embargo, que lo que oye y es oído es lo mismo, ya que el cielo escucha al cielo y la tierra a la tierra; y la significación es de la divinidad en el cielo y de la corporalidad en la tierra. Y porque el Señor, desde Dios, nació hombre, ⟨y⟩ nosotros, desde el hombre, hemos de ser conformes a Dios, por eso el cielo oirá al cielo y la tierra oirá a la tierra. Y en el trigo, el vino y el aceite, al decir que los oirá, aunque estas cosas insensibles no tienen sentido alguno del oído, muestra sin embargo que es él mismo quien, bajo el misterio de la unción y del cuerpo, ha de oír en ellas. Por medio de ellos, oyendo Israel, sembró a la prostituta desposada consigo en esperanza, pasando por alto al que fue llamado Israel e impartiendo a los demás el honor del cambio, para que el que no era su pueblo sea Su-pueblo, y la que no era amada sea Amada.

4

Pues Israel fue elegido de entre los gentiles en Abraham, su padre, como se dice en los Salmos: La casa de Jacob, de un pueblo bárbaro (Sal 114,1). Pero, demorándose en los pecados y entregado a religiones vanas, e infiel a las promesas de Dios, no mereció recibir los efectos de las promesas, y, elegido el primero para ser pueblo de Dios, perdió el honor de la elección. Pues se calla acerca de Israel, nacido primero de la prostituta, y toda la palabra de Dios trata de los engendrados

después, rechazados antes y apartados del afecto y de la propiedad: nacidos para no ser amados, engendrados para no ser usados. Pero primero la prostituta es elegida como esposa de fe y de justicia para Dios; después, los que no eran amados, los que no eran suyos, los que procedían del parto de la prostituta, estos son llamados hijos del Dios vivo (Rom 9,26). Y esta palabra de Dios, por la que se manda al profeta tomar por esposa a una prostituta, hubo de recordarse con este fin: que, ya que se nos enseña que todo se prefigura por medio de los sucesos del Antiguo Testamento y ha de realizarse en el Señor y por el Señor, entendiéramos, por el hecho mismo de que una prostituta se une al profeta, que se muestra que la ignorancia de los gentiles se une a las enseñanzas proféticas, por las cuales los engendrados serían llamados, de no amados, amados; de no pueblo, pueblo; de madre prostituta, hijos de Dios.

SOBRE JOSUÉ, HIJO DE NUN

5

Y aunque haya sido útil tratar esto para conocer la significación de los sucesos espirituales, sin embargo, este pasaje ha sido recordado por nosotros sobre todo por esta causa: que, como habíamos de hablar de Rahab, con lo que mostraríamos que en ella se prefiguraba la Iglesia, pudiéramos establecer con seguridad, según la inteligencia de nuestro sentido, esta comparación de la Iglesia y de una meretriz, ya que la prostituta unida al profeta se hallaba desposada, como prefiguración de

la Iglesia, en la esperanza eterna de la justicia, de la fe y del conocimiento de Dios. Y ciertamente, en el hecho de que todo se realizara en ella bajo Josué, está el mayor poder de la profecía. Pues en el que recibió el sobrenombre de Jesús se mostró la razón plena del misterio futuro. Pues, tras el largo discurso de Dios a Moisés, cuando se le había dicho que hiciera todo en la tierra según la figura que había visto en el monte (Ex 25,40), dio el sobrenombre de Jesús al que antes se llamaba Oseas, que había de ser caudillo del pueblo en camino hacia la tierra de la promesa (Nm 13,16). Moisés, mandado disponerlo todo según la figura de la visión celestial, añadió al futuro caudillo aquel nombre que estaba ya preparado en los cielos para el caudillo eterno.

6

Pues como este fue príncipe de la Sinagoga, así aquel lo es de la Iglesia. Como ⟨este⟩ fue caudillo para obtener la tierra prometida, así aquel es caudillo de la tierra que se ha de heredar, de la cual dice el Señor: Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra (Mt 5,5). Como este vino después de Moisés, así aquel después de la Ley. Como a este se le mandó una segunda circuncisión con un cuchillo de piedra (Jos 5,2), así por el Señor, que es a la vez el Verbo agudo que penetra hasta la división del alma (Heb 4,12) y la piedra angular (Ef 2,20), fue renovada espiritualmente la circuncisión del corazón (Rom 2,29). Como este dividía las aguas, así aquel divide los pueblos; pues dice: No he venido a enviar paz,

sino división (Mt 10,34; Lc 12,51). Como este, para testimonio eterno, sacó doce piedras de lo profundo a tierra y las colocó de la tierra en lo profundo, así aquel sacó la enseñanza apostólica de la Sinagoga y la dejó en la Sinagoga, la cual aún ahora la usaría si quisiera, ya que, para testimonio eterno, la enseñanza apostólica en las doce piedras fue sacada de la Ley y, sin embargo, se hallaba en la Ley.

7

¡Y cuán evidente y cuán clara es la división misma de las aguas, cuando una parte se mantuvo entera y llena, y la otra, secado el cauce, se derramó toda en el mar, estando, sin embargo, en medio el arca del Señor con los sacerdotes! Con esta significación se entiende que una parte del pueblo había de cesar en el curso de sus pecados y de su muerte a la llegada del arca de Dios, es decir, a la venida corporal, mientras el resto se derrama en el mar, esto es, en la condenación y la compañía de este siglo.

8

Bajo este Josué, pues, hay que contemplar lo que fue hecho por Rahab y en Rahab. Pues dos exploradores, para reconocer la tierra, se desviaron a la ciudad de Jericó, a la casa de esta meretriz. Ella los acoge y los oculta; al reclamarle el rey que se los entregue, miente diciendo que se habían vuelto. Luego, escondidos ellos en la casa, dice que sabe que el Señor les ha entregado todo lo

de su ciudad y que su Dios está arriba en el cielo y abajo en la tierra (Jos 2,11). Les suplica que la salven a ella y a toda su casa cuando se tome la ciudad. Los exploradores prometen que todo lo que se hallara dentro de su casa quedaría a salvo, y que el que saliera de la casa sería ⟨reo⟩ de sí mismo; y fijan como señal una cuerda escarlata colgada de la ventana, y cuentan todo el asunto a Josué. Luego se acercan a la ciudad. Los sacerdotes con el arca del Señor le dan la vuelta durante seis días, y el séptimo día, habiéndole dado la vuelta siete veces, al sonar la trompeta cayeron los muros de la ciudad, y, muertos todos los que estaban en la ciudad, solo Rahab es salvada por Josué con [con] toda su casa.

9

Este orden de las cosas está unido a grandes misterios de lo que había de realizarse espiritualmente. La meretriz acogió en su casa a los dos exploradores de la tierra enviados por Josué: la Iglesia pecadora recibió la Ley y la profecía, enviadas para explorar la fe de los hombres, por la cual confiesa: Dios, tanto arriba en el cielo como abajo en la tierra (Jos 2,11). Pues, tras su generación espiritual, aprendió su nacimiento corporal, atestiguado en estas palabras: Después de esto fue visto en la tierra y vivió entre los hombres (Bar 3,38). De los mismos recibió también la señal de la salvación en la grana, color, a saber, regio por la dignidad y sanguíneo por la corporeización, cosas ambas que concurrieron en la Pasión, cuando el Señor fue vestido con tal vestidura y la sangre le

manó del costado (Jn 19,34). Esta grana la recibió también Manasés como señal; con esta sangre las casas marcadas en Egipto quedaron a salvo (Ex 12,7), y el libro de la alianza fue rociado, y el pueblo fue santificado (Ex 24,7-8). Pero cualquiera de la familia que fuera hallado fuera de la casa quedaba constituido reo de sí mismo, enseñando que los que hubieran estado fuera de la Iglesia serían causa de su propia muerte.

10

Jericó, puesta como figura de este mundo, es rodeada durante seis días; el séptimo, a la voz de la trompeta, cae, y la casa de Rahab es conservada intacta por Josué. Pues en los seis días se muestra el tiempo de seis mil años, en que se ha vagado alrededor del mundo y se ha corrido en una especie de círculo de generaciones, habiendo de disolverse este mismo mundo a la voz de la trompeta en el tiempo del séptimo milenio, y habiendo de conservarse solo la Iglesia, con toda su familia, por la acogida de los exploradores, por la confesión de Dios en el cuerpo, por la señal de la grana decretada por Josué.

11

Hemos advertido con frecuencia que hay que aplicar a la lectura de las divinas Escrituras una diligencia tal que, con examen cuidadoso y juicio no vano, pueda discernir cuándo el relato de las cosas hechas ha de entenderse simplemente y cuándo tipológicamente, no sea que, abusando

de lo uno y de lo otro sin mesura y sin pericia, hiciéramos inútil lo uno y lo otro para los oyentes, si o bien el conocimiento de lo simple se corrompiera por una vana afirmación de prefiguraciones, o bien se ignorara el poder de las prefiguraciones bajo la suposición de lo simple; aunque la palabra de la divina Escritura es tal que, así como nada hay allí vano ni nada fuera de la causa de alguna necesidad, así no se halla nada expuesto que no esté sujeto al discernimiento de la inteligencia que hemos de buscar.

12

Pues, cuando se refiere la creación del orbe, se conoce a Dios en su crear; cuando se oye que Enoc pudo ser trasladado, se entiende que el hombre es eterno; cuando Lot es preservado mientras arden las cinco ciudades, aprendemos que Dios cuida de los inocentes; cuando su mujer, mirando atrás contra el edicto de Dios, es cambiada en estatua de sal, somos instruidos en la obediencia a las ordenanzas de Dios por el miedo del ejemplo; cuando se espera que se colmen los pecados de los amorreos (Gn 15,16), conocemos la misericordia y la justicia de Dios, puesto que, por su espera, se nos prolonga el tiempo para cesar de los pecados, y se decreta la venganza, diferida hasta la consumación de los crímenes.

13

Y ahora, el orden de las generaciones, la elección de Abraham, la procreación de los patriarcas,

la servidumbre del pueblo, el desastre de los egipcios, la división del mar, la lluvia del maná, el establecimiento de la Ley, la distinción de los sacrificios, el tiempo de los jueces, el conocimiento de los reinos, la deportación del pueblo al cautiverio, la visión de los santos, la amonestación de los profetas: ¡cuán necesarios son para el conocimiento! Pues en todo lo recordado arriba se reconoce a Dios Padre y a Dios Hijo, y a Dios Hijo de Dios Padre, Dios y hombre, Jesucristo: cuando, en la creación del mundo, Dios manda y Dios ejecuta; cuando el hombre es formado según la apariencia de una imagen común (Gn 1,26-27); cuando el Señor hace llover azufre y fuego de parte del Señor (Gn 19,24) —pues nadie se mandaría a sí mismo hacer algo, ni extendería él solo su comunión a otro, ni se daría a sí mismo y, siendo uno, recibiría de sí mismo—; cuando un hombre es visto por Abraham y Dios es adorado (Gn 18,2-3); cuando, en la lucha de Jacob, Dios es visto por un hombre (Gn 32,24); cuando, sujetando al hombre, pide ser bendecido por el Señor (Gn 32,26); cuando, habiendo sido arrojados al horno por Nabucodonosor solo tres jóvenes, se ve a un cuarto semejante al Hijo de Dios (Dan 3,92); cuando la Virgen da a luz a Emanuel, a aquel que es Dios con nosotros (Is 7,14; Mt 1,23).

14

Así pues, convenía que estas cosas, significadas por todos ellos y conocidas y cumplidas en aquel uno, se guardaran para memoria en volúmenes escritos y sellados, para que la posteridad

de las sucesiones, instruida por los sucesos del tiempo anterior, contemplara también lo presente en lo pasado y venerara también ahora lo pasado en lo presente. Pues, como el conocimiento de la verdad es uno mismo y perfecto, si la verdad se entiende por la razón —ya que todo se escribió para nuestro conocimiento y para la más firme fe de nuestro juicio (1 Cor 10,11)—, tampoco estas cosas, que por decisión de Dios se consignaron en libros, necesitaron del conocimiento de la posteridad. Pero la posteridad necesitaba del conocimiento de las Escrituras, para aprender la verdad, para recibir por la razón la enseñanza de la verdad, para seguir la ciencia de la vida, llevada adelante como desde la misma cuna: a saber, para que no dudara de Dios de Dios, cuando el Señor hacía llover de parte del Señor; no ignorara a un solo Dios innascible, cuando Dios mandaba; no dejara de saber del Dios unigénito, cuando Dios hacía; no dudara de que los dos son uno, cuando se fundaba en el hombre un solo modelo de una imagen común; no negara. Que Dios hacia el hombre ...

...

15

...

engendrados de los padres. Y es fácil oír a Pablo gloriarse de que es israelita de los hebreos, de la tribu de Benjamín (Rom 11,1). Así pues, siendo oficio de Elías convertir los corazones de los padres hacia los hijos (Mal 3,23-24; Lc 1,17), a él se le reserva el misterio de la predicación perfecta: que

convierta a los padres a aquella fe que el espíritu de la misma profecía confirmó ya en los hijos.